

Transcripción

Sin importar la edad de una persona, el primer día de colegio, ese que marca el fin del verano y el comienzo de nuevas responsabilidades, se queda grabado en la memoria. Los de unos años permanecen con más fuerza, con más intensidad, y otros se olvidan con el tiempo.

En mi caso, el primer día de clase de 2007 y ese mismo año escolar, me marcaron una nueva percepción del mundo. Ese día inicié mi vida como estudiante en un país diferente. Antes de las clases sabía muy poco español, lo justo para saber saludar y pedir una barra de pan.

Así que mi pequeña hermana y yo estábamos muy nerviosas. Miles de preguntas me pasaban por la mente: «¿Cómo serán las clases? ¿Cómo me tratarán los profesores? ¿Qué tipo de compañeros tendré?...». Las puertas del colegio se abrieron y todos los que estábamos fuera entramos. Me sentía perdida, no sabía a donde ir y apenas entendía las charlas a mi alrededor. No recuerdo cómo llegué a la clase especial o de apoyo. Esta era extraoficial ya que mi verdadero curso deba ser el de sexto de primaria; sin embargo, con ellos hacía solo la Educación Física.

Me resultó muy raro estar en la clase especial con mi hermana, que es tres años menor, y con otros niños de edades muy diferentes. Esta diversidad se debía a que todos los que llegaban y no controlaban el idioma estaban ahí. Algunos de ellos llevaban al menos un año en esa clase y, en algunas asignaturas, se unían a los que debían ser sus compañeros de curso.

Deseaba que fuera al revés, pasar más tiempo en mi verdadera clase e ir solo a la clase de apoyo para dar Lengua y Literatura. Así que hacía más de lo que se nos pedía y me apunté a muchas actividades extra escolares; todos los días tenía que ir a algo: si no era karate, eran manualidades u otra cosa. A estas actividades añadí la lectura, así que mi control sobre el idioma mejoró. Igualmente, no fue fácil que me dejaran unirme a los de sexto, mi clase.